

Manuel Chaves Nogales

*¿Qué pasa
en Cataluña?*



ALMUZARA

2013

NOTA DEL EDITOR

Manuel Chaves Nogales atendió el caso catalán durante la II República española en dos importantes ocasiones. En diciembre de 1931 entrevistó en profundidad al presidente de la Generalitat Francesc Maciá (Véase apéndice I) para su periódico, Ahora. La segunda ocasión se dio entre finales de febrero y principios de marzo de 1936. Tras los arrolladores acontecimientos producidos por la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, Chaves Nogales ofreció, también en Ahora, una visión amplia del caso catalán a través de un grupo de ocho reportajes que se inició exactamente el 26 de febrero con el gran titular «¿Qué pasa en Cataluña?», y que compone el grueso de esta edición. En ese momento Chaves Nogales es perspicaz a la hora de buscar la información sobre un estado de cosas que siempre, por definición en el caso catalán, ha sido confuso, hasta el punto de que inicia sus reportajes aludiendo a su dificultad para identificar quién es quién y qué es qué. No obstante, el panorama que ofrece Chaves Nogales, con su lucidez periodística habitual, es una definición perfecta de la dinámica de arreones y frenazos de la política en torno al soberanismo catalán, que le hace afirmar bien pronto «El separatismo es una rara substancia que se utiliza en los laboratorios políticos de Madrid como reactivo del patriotismo, y en los de Cataluña como aglutinante de las clases conservadoras».

El lector actual puede sacar del relato de aquellos días muchísi-

mos paralelismos con el momento presente de esta edición; que los hay hasta en la foto fija de las calles de Barcelona —véase la pieza «Las grandes paradas de la ciudadanía»—. Pero parece incluso más interesante quedarse con las claves válidas y permanentes que se detectan en estas páginas para describir el movimiento repetitivo del «desafío» catalán. Lógicamente nos enfrentamos a una pieza periódica de gran maestría, pero agarrada a su propia actualidad. Y parece necesaria una humilde contextualización de la secuencia de hechos y personajes que aquí aparecen para que el lector hodierno pueda valorar en su verdadera dimensión el análisis implícito que hay en esta extensa crónica repleta de hechos, personajes y citas.

De forma cronológica habría que empezar por la entrevista a Francesc Maciá, realizada a meses de su acelerada proclamación unilateral de la República Catalana, el mismo 14 de abril de 1931. Este hecho desató una tormenta para el balbuciente gobierno provisional republicano de Madrid. En aquella ocasión, sólo tres días después, el 17 de abril de 1931, tres ministros se entrevistaron con Maciá para reconducir la situación —entre ellos el de Economía, Nicolau d'Oliver, que será una de las voces autorizadas a las que acudirá Chaves Nogales más tarde—. Allí se decidió recuperar la figura de la Generalitat para establecer el sistema institucional del nuevo gobierno autónomo catalán y, a todas luces, empieza a gestarse la consecución de un amplio estatuto de autonomía, que culminaría en septiembre de 1932 con su aprobación y rúbrica por el gobierno central. Cuando Chaves entrevista a Maciá está en marcha la propuesta del que será el primer estatuto de autonomía catalán que entrará en vigor, conocido como «Estatuto de Núria», el cual había sido aprobado por plebiscito en Cataluña en agosto de 1931, y cuyo examen por el Parlamento español se realizó en la primavera de 1932.

Tras la aprobación del estatuto, quizás el siguiente momento realmente relevante se da con la muerte del propio Maciá en diciembre de 1933, y su sucesión desde Esquerra Republicana de

Catalunya en la persona de Lluís Companys. Hay una radicalización política evidente desde entonces, dentro del seno de Esquerra y también por la sucesiva llegada de radicales y de las derechas al gobierno central republicano, que hace llagar multitud de asuntos y encrespa los ánimos hasta el punto de que, el 6 de octubre de 1934, dentro del tumulto general de la huelga general revolucionaria que desatará los sucesos de Asturias, el presidente de la Generalitat y todo su gobierno declaran el Estado Catalán. Este suceso y su posterior desenvolvimiento está lleno de gestos confusos en medio de una situación gravísima, hasta el punto de la detención, encarcelamiento, juicio y condena de todo un gobierno. Además, dado el momento especialmente grave que vive España entera, Companys ofrece a todas las fuerzas republicanas de izquierdas, y se supone que al futuro presidente Azaña, la creación en Barcelona de un gobierno provisional de la República Federal española en el que se había integrado su declarado Estado catalán. Pero la intervención militar, la posible violencia que podría desatar —pues se declara el estado de guerra—, e incluso los intentos de mediación —en los que estará implicado otro de los protagonistas elegidos por Chaves Nogales para su trabajo periodístico, el liberal Amadeu Hurtado—, llevaron a una relativamente cómoda y poco dramática suspensión del gobierno de la Generalitat por parte del Ejército, hasta su restauración en febrero de 1936, momento exacto en el que nos sitúa este libro. Hasta las elecciones de 1936, a las que concurrirán Companys y su gobierno desde la cárcel, la situación fue de excepcionalidad marcial, y ese es un factor esencial para explicar la enorme efervescencia que se encuentra Chaves Nogales cuando va a cubrir lo que estaba pasando con Cataluña, en medio de la cual apenas puede distinguir entre «vencedores» y «vencidos».

CHAVES Y ESA «RARA SUBSTANCIA»

Chaves Nogales no pudo acudir a los graves sucesos de 1934 en

Cataluña. Por esas misma fechas cubrió para Ahora la batalla de Asturias —cuyo trabajo se incluye en nuestro volumen de Chaves Nogales, La República y sus enemigos—. Sin embargo, cuando viaja a Barcelona en 1936 parece saber bien a donde va, especialmente a la hora de seleccionar el grupo de voces que le servirán para dibujar la situación. También se muestra consciente de que posiblemente acude a quiénes «no han sido actores» en las grandes manifestaciones ciudadanas, pero igualmente está convencido de que el caso catalán lo definen mejor aquéllos que están tras una «discreta cortina», aquéllos a los que parece no afectarles la palpitante actualidad de las calles. Y es posible que uno de los principales atractivos de este amplio reportaje sea ese esfuerzo del periodista por desentrañar el soberanismo catalán, al que alude como «una rara substancia».

Al mismo tiempo que subraya la capacidad de su admirado pueblo catalán para el entusiasmo soberanista, no sabe definir bien hacia dónde va ese entusiasmo ante una realidad de fondo muy conservador: «Hoy me sería absolutamente imposible encontrar un solo anticatalanista» pero «Voy preguntando a los hombres representativos de Cataluña qué es lo que piensan del momento presente, qué es lo que quieren, adónde van. Mi encuesta es, hasta ahora, bastante satisfactoria. En Cataluña no pasará nada. Es decir, no pasará nada de lo que el español no catalán recela... En Cataluña hay, por encima de todo, un hondo sentido conservador que se impondrá fatalmente». Esa distorsión conservadora de fondo sale a relucir en los clarividentes comentarios sobre economía que le ofrecen sus fuentes: «... las clases conservadoras de Barcelona están formadas principalmente por una burguesía industrial cuya prosperidad está ligada a un régimen de salarios altos y capacidad adquisitiva del obrero en toda la Península. Cuando el obrero gana un jornal alto puede comprar muchas cosas. Los fabricantes catalanes lo aprendieron bien durante el primer bienio de la República. Jamás los industriales de Cataluña han vendido tantos utensilios de cocina como

los que vendieron en los pueblecitos andaluces nuestros viajeros durante el ominoso bienio. Han aprendido también nuestros industriales conservadores en las derechas que en el segundo bienio de la República se vendían menos productos. Saben ya positivamente que, a despecho de su derechismo sentimental, lo que les conviene es una política de izquierdas. Por eso no se cerrarán en banda contra los gobernantes de hoy». Más tarde, por esta misma vía del conservadurismo social catalán, le asesta un golpe mortal y despiadado a la clase política catalana —véase la pieza titulada «La política y el verbo»—. Especialmente destacable en este mismo sentido es el repetido análisis de unos y otros sobre «los hombres de Esquerra», a los que se les confiere por igual el papel de vanguardia reivindicativa de la burguesía catalana y, al mismo tiempo, de retaguardia defensiva de esa misma burguesía ante la revolución proletaria.

Chaves Nogales se ocupa de la candente e inevitable «cuestión social» en términos de su época, pero su lectura resiste al paso del tiempo y vuelve a ofrecer claves históricas muy interesantes. Los sucesos posteriores le darán la razón. No llega a grandes conclusiones más allá del contagio en los «partidos proletarios» de cierto «difuso revolucionario» procedente de Esquerra y un panorama atomizado que no anuncia nada bueno. Intenta constatar algo que le han revelado sus fuentes, el desgaste permanente del anarquismo en Cataluña, pero, a escasos meses de la guerra civil, se resiste a creer que el anarcosindicalismo esté de capa caída —en uno de sus muchos y lúcidos aciertos retrospectivos— y muestra el testimonio casi adivinatorio de un anarquista de Tarrasa que le asegura que en el momento crucial serán ellos los que asuman el protagonismo: «Lo verá usted pronto, muy pronto». A la hora del estallido de la guerra civil la Generalitat de Companys y las izquierdas marxistas se las verán y desearán para contener el arrollador poder del anarcosindicalismo en Cataluña, produciéndose además entre todas las facciones de las izquierdas catalanas una auténtica guerra dentro de la guerra.

Y por último, una modesta invitación al lector para que no deje pasar la sabia reflexión que esconde el uso que hace Chaves Nogales de la fábula del sapo — véase la pieza «Después de haberse comido el sapo»—. «... hay que reconocer que esta fabulilla refleja bastante bien lo que ha pasado en Cataluña», nos dice.

ESTA EDICIÓN Y AGRADECIMIENTOS

*Para esta edición partimos de la compilación de los artículos publicados en Ahora realizada en Manuel Chaves Nogales, *Obra periodística I-III*, Diputación de Sevilla, 2013. Se han realizado algunas correcciones menores y se han introducido notas contextualizadoras sobre algunos de los personajes con los que se entrevista Manuel Chaves Nogales, para agilizar y redimensionar la lectura actual de estos trabajos periodísticos de 1931 y 1936.*

Como siempre, quede desde estas mismas páginas nuestro agradecimiento a la formidable Biblioteca de Autores Sevillanos de Diputación de Sevilla, y a Alberto Marina, por su amabilidad y saber hacer. Y de nuevo es obligado un agradecimiento muy especial a Pilar Chaves por su compromiso con la obra de su padre, y por la acogida que siempre nos brinda.

DESPUÉS DE HABERSE COMIDO EL SAPO

Cuando a los hombres de la derecha y del centro se les pide una explicación de lo que pasa en Cataluña le cuentan a uno un cuento. Es muy bonito. Dos aldeanos van de camino. Uno de ellos lleva del ronzal una vaca. Junto a una charca encuentran un sapo, que produce en el de la vaca un gesto de repugnancia. El otro aldeano, por llevar la contraria a su compañero, afirma entonces que el sapo es un animal como otro cualquiera, ni más ni menos repugnante que los demás seres vivos que a diario sirven de alimento al hombre. «¿Tú serías capaz de comerte un sapo?», arguye el de la vaca. «Me lo comería si hubiera necesidad», contesta. Disputan estos compadres y al final, como no se ponen de acuerdo, apuestan. «Te doy la vaca si eres capaz de comerte el sapo.» La codicia y el amor propio fuerzan al aldeano a coger el sapo y comérselo, cerrando los ojos de asco y conteniendo las náuseas que le dan cuando quiere vencer la repugnancia que indudablemente siente. El otro ve, acongojado, que su compadre es capaz, efectivamente, de tragarse el sapo, y ante el temor de quedarse sin la vaca que alegremente había apostado se aprovecha de las náuseas que el otro está pasando en aquellos instantes y le propone: «¿Me devuelves la vaca si soy capaz de comerme el medio sapo que te queda?». El comedor de sapos ve en esta oportunísima proposición

un modo inmediato de librarse del tormento a que está sometido y alarga el pedazo de sapo que le queda a su compadre, quien cierra los ojos y se lo traga. Siguen su camino silencioso, los dos compadres. Al cabo de un rato se paran. Se miran frente a frente y se preguntan, estupefactos: «¿Y por qué nos habremos comido un sapo?».

Aunque las fábulas tienen mucho menos valor expresivo del que suele atribuírseles, hay que reconocer que esta fabulilla refleja bastante bien lo que ha pasado en Cataluña. ¿Por qué se han comido el sapo el aldeano de la derecha y el de la izquierda? Si ninguno de los dos era capaz de tragárselo entero y quedarse con la vaca, ¿por qué pasaron ambos por el mal trance? Si las izquierdas no querían lanzarse a una aventura revolucionaria —ya se ve hoy bien claro que no lo quieren—, ¿por qué la intentaron? Si las derechas no pretendían acabar con el régimen autonómico, ¿por qué fueron contra el? Ahora, después de haberse comido el sapo mitad por mitad, resulta que ni las derechas fueron capaces de acabar con el Estatuto ni las izquierdas quieren otra cosa que mantenerlo. La rebelión del 6 de octubre hubiera sido explicable si el señor Companys y los hombres de la Esquerra hubiesen querido realmente hacer una revolución. La política derechista que les sirvió de pretexto hubiese sido comprensible si la finalidad que perseguían era la extirpación del régimen autonómico. Resulta, en fin de cuentas, que derechas e izquierdas están de acuerdo en mantener el Estatuto. Ni la Esquerra quiere más ni la derecha menos. ¿Se puede saber entonces para qué se

han comido el sapo de la reacción y la rebelión mitad por mitad?

Creo que es, sencillamente, una cuestión de mutua desconfianza. Ni Companys creía en el catalanismo de las derechas catalanas ni éstas tenían ninguna fe en la capacidad de gobernante de Companys y de sus hombres. «Los hombres de la Lliga nos entregaron atados de pies y manos al poder central, enemigo de Cataluña y de sus libertades», pensaron unos. «La Esquerra nos llevará con los ojos vendados a la revolución y al caos», pensaron los otros.

Ahora se ha visto que ni lo uno era verdad ni lo otro lo va a ser tampoco. Los gobernantes de la Esquerra vuelven a encargarse del poder con un claro designio conservador. Quizá les asuste la palabra, pero la considero inexcusable. Companys viene de presidio a *conservar* el régimen autonómico pactado con el poder central. Nada más. Viene a restaurar la normalidad, a mantener el orden, a favorecer con una política prudente el desenvolvimiento normal de las energías catalanas en un ambiente de paz.

Cuando algunos hombres de la Esquerra dicen que vienen a algo más no aciertan a decir exacta y concretamente qué es lo que ha de ser este algo más. Es sencillamente un difuso revolucionario, un arrastre sentimental de viejas rebeldías periclitadas, un no resignarse a reconocer que se ha pasado fatalmente al otro lado de la barricada, y éste es el único motivo de recelo que las gentes sencillas que no son de la derecha ni de la izquierda pueden tener de los actuales gobernantes de Cataluña. Al conservador catalán le cuesta mucho trabajo resignarse a aceptar que el señor Companys y los hombres de la Esquerra sean «la línea de defensa

de la burguesía». Utilizo en este momento las palabras textuales que, hablando íntimamente y sin autorizarme a publicar su nombre, me ha dicho uno de los hombres más representativos del conservadurismo catalán.

Yo no sé si los hombres de la Esquerra en el fondo de su alma aceptan esta misión histórica de «línea de defensa de la burguesía» que el curso de los acontecimientos les ha impuesto a despecho de su formación, de su temperamento e incluso de su capacidad. Si no hubiese triunfado la República estos hombres hubieran sido durante toda su vida separatistas y revolucionarios, gente mesiánica e iluminada con una clara vocación de mártires. La instauración del régimen republicano, la concesión del Estatuto y su aplicación les obligan a ser otra cosa substancialmente distinta de la que por vocación y por temperamento quisieron ser y todavía hoy, después de la experiencia gubernamental por que pasaron, les sigue repugnando el reconocimiento de su nueva naturaleza.

Ésta es la situación espiritual en que se encuentran los hombres que Cataluña ha puesto triunfalmente en el poder. Sería injusto, sin embargo, suponer que han de reincidir en las fallas y errores de su primera experiencia gubernamental. La noche del 6 de octubre debió de servir al señor Companys para saber exactamente cuál era el verdadero valor de aquellos núcleos demagógicos que le alentaron a la rebeldía. La Esquerra, después de aquella triste experiencia, se ha purgado de muchos resabios revolucionarios. Los fermentos subversivos que antes contenía en disolución han sido eliminados merced a la derrota. Todo aquel aparato demagógico de los *escamots*, que la fuerza pública desbarató de un cintarazo, no reaparecerá. Dencás y Badín, eliminados,

no darán ahora al poder esa versión demagógica y, en última instancia, fascistizante que les daban las improvisadas y frívolas milicias, en las que por un momento se creyó podía asentarse cómodamente el Gobierno de Cataluña.

No queda más que una verdad; el sentimiento republicano autonomista e izquierdista del pueblo catalán, que ha llevado al triunfo a los hombres de la Esquerra. ¿Podrán éstos responder a lo que el pueblo catalán les pide al ponerse en sus manos? Políticamente no parece que exista divorcio entre la voluntad de la gran masa y sus hombres representativos. En lo que se refiere a la cuestión social, es ya otra cosa muy distinta. Procuraremos entenderla y explicarla. Sin fabulillas. La cosa es más grave.

Barcelona, 27 de febrero.
(*Ahora*. Madrid, 29-2-1936)